

"¿Y si la Iglesia fuese realmente una Madre?"

Hna. Linda Pocher

Miembro del Consejo de la Pontificia Academia Mariana Internacional

Las intenciones del Concilio en el momento de redactar el capítulo octavo de *la Lumen Gentium* eran fundamentalmente dos: traer de vuelta a María al interno de la Iglesia y hacer que la Iglesia se asemejase más a María. Con más de cincuenta años de distancia a las espaldas, podemos decir que el primer propósito está plenamente realizado, pero aún queda mucho por hacer en relación al segundo. Me gustaría sugerir algunas reflexiones para ayudar a los cristianos a que favorezcan la semejanza de la Iglesia con María, lo que significa también abrir nuevos espacios a una colaboración más plena en la Iglesia entre mujeres, laicos y ministros ordenados.

1. La experiencia de María: discipulado, discernimiento, acompañamiento

Como mujer, María participa de la vocación común a toda mujer: ha sido creada para ayudar a los demás a abrirse a las relaciones a través de las palabras. En su seno, que es un lugar teológico, se manifiesta el poder creador de Dios a través de la encarnación del Hijo. Como Madre de Dios, María realiza su propia femineidad de un modo que es a la vez único y ejemplar para cada creyente y para la Iglesia considerada en su conjunto. Por eso voy a señalar en particular su discipulado, discernimiento y acompañamiento.

1.1 Discipulado

El Evangelio de Lucas presenta a María como la discípula ejemplar del Señor. Convertirse en madre significa aprender a seguir: seguir al otro, como se sigue un rastro, acompañarle en el descubrimiento y la realización de su misión en el mundo. En su interacción con el ángel, María muestra que es capaz de expresarse, de dejarse interpelar y de cuestionar sin timidez alguna. Volvemos a encontrar la misma confianza y apertura más adelante, en el episodio en que Jesús es hayado en el Templo y en las bodas de Caná. María no tiene miedo a la confrontación, ni a quedar expuesta, incluso cuando ello puede acarrear sufrimiento o falta de comprensión. Vemos un enfoque similar en Jesús durante su ministerio público, en su capacidad para preguntar, escuchar y dejarse interrogar por aquellos con los que se encuentra, y en su capacidad para aceptar la revelación que el otro hace de sí mismo y de sus sentimientos, también cuando la conversación está impregnada de emociones fuertes.

1.2 Discernimiento

El discipulado de María se caracteriza también por una particular actitud de discernimiento. El evangelista Lucas lo subraya explícitamente cuando destaca cómo María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón (Lc 2,19.51). A través de esta particular caracterización de la Santísima Virgen, Lucas la reconecta directamente con la gran tradición sapiencial de Israel, que ella supo atesorar: aprendió a comparar la palabra dicha por Dios a través de la ley dada a Moisés, los oráculos pronunciados por los

profetas y los acontecimientos más comunes de la vida cotidiana. El fruto de este delicado trabajo consiste en la capacidad de acoger e interpretar la palabra viva que Dios le dirige en el momento presente. De todos modos, la capacidad de discernimiento no la eximirá de luchas o sufrimientos. La profecía de Simeón en el momento de la presentación de Jesús en el Templo la pone en guardia: quien está "llena de gracia", verá momentos de contradicción y de prueba. Aprender a asumir las contradicciones y los senderos de la realidad que somos y vivimos, y aprender a interpretarlos a la luz de la bondad misericordiosa de Dios y de su promesa de estar siempre a nuestro lado, es parte fundamental del discernimiento.

1.3 Acompañamiento

El discipulado de María se convierte progresivamente en acompañamiento. Es plenamente consciente de que su hijo es un don que no le pertenece: sólo se le ha confiado cuidarlo y hacerlo crecer hasta que comience su ministerio público. Le acompaña con prontitud, pero nunca se interpone entre Él y su Padre. La virginidad de María, en efecto, no está únicamente relacionada a su relación con José. Virgen y Madre, en otras palabras, significa que María ama a su hijo con todo su ser, pero con un amor que no es posesivo. En Caná, María sabe cuándo es oportuno intervenir y cuándo retirarse y dar un paso atrás. Ayuda a Jesús a manifestarse ante sus discípulos, que empiezan a creer en Él. Luego se retira de la escena para volver a hacer acto de presencia sólo en el momento decisivo, al pie de la cruz. También Jesús, en su acompañamiento de los discípulos, sabe el momento en el que hacerse presente y el momento de retirarse y dejarlos solos. Después de la resurrección, les ayuda a discernir la acción de Dios y no teme exponerles a la persecución y a la muerte. Les anima a superarle, realizando prodigios aún mayores. ¿Cómo no pensar que, al menos en parte, había aprendido de María este estilo de acompañamiento?

2. Por una iglesia que se parezca a María

2.1 La primacía del sacerdocio bautismal

Si el seguimiento de María es el modelo del discipulado cristiano, significa que todos los creyentes, independientemente del estado de vida de cada uno, han tener sus rasgos como elemento común. Para que la Iglesia sea más semejante a María, en otras palabras, todos sus miembros, hombres y mujeres, consagrados y laicos, deben ser cada vez más conscientes de la dignidad que les ha sido conferida en el Bautismo. En efecto, como el "sí" de María precede al "sí" de los apóstoles, el don del sacerdocio bautismal precede al don del sacerdocio ordenado. Y esto es verdad al menos por dos razones: en primer lugar, porque nadie puede ser ordenado sacerdote sin haber sido antes bautizado. En segundo lugar, porque el ministerio ordenado es un don que se concede a algunos para el servicio y florecimiento pleno de toda la comunidad eclesial. ¿No podrían estar las raíces del llamado clericalismo en un cierto olvido de este primado que se funda y establece en la dignidad de todos los creyentes?

2.2 El énfasis en el discipulado personal y el discernimiento

Si María, como discípulo modelo, vive su discipulado cultivando conscientemente el arte del discernimiento personal, una Iglesia más mariana debería procurar que la acción pastoral, la educación

en la fe y la formación religiosa a todos los niveles y en todos los estados de vida se configuren cada vez más como acompañamiento del discipulado personal e introducción a la capacidad de discernimiento. La llamada de Dios, en efecto, es siempre singular: Él confía una vocación particular a cada uno de sus hijos, como parte de la única misión de evangelización confiada por el Señor Resucitado a sus hermanos. El discernimiento es un don bautismal destinado a todos los creyentes. Pero, como todos los dones, el don del discernimiento también debe ejercitarse para crecer y dar fruto. Ni el mero hecho de ser sacerdote, ni la mera pertenencia a una institución eclesial pueden absolver al creyente individual de su lucha personal de discipulado y del discernimiento cotidiano de los signos del paso de Dios por la propia vida.

2.3 Ministerio, servicio, atención

Tradicionalmente, el ministerio cristiano se ha interpretado como servicio. En los últimos años, se ha empezado a hablar también de cuidado: si el término "servicio" nos recuerda la imagen de trabajar para un jefe, el término "cuidado" nos recuerda en cambio la imagen de la atención que una madre presta a su hijo. Simplificando un poco el tema, podríamos decir que el servicio se asocia a una imagen más masculina, el cuidado a una más femenina. Cualquier ministerio, cualquier servicio y cualquier acción de cuidado implican una dimensión de poder. El poder, de hecho, es la posibilidad de poner en práctica la propia libertad en relación con el resto de la creación, y es un don de Dios como tal. No podemos ni imaginar el vértigo de poder que experimentó María cuando sostuvo al Hijo de Dios, completamente dependiente de su atención. La virginidad, en cuanto a la relación de María con el Hijo, expresa su libertad en cuanto al poder que se le confía, que le permite servir al Hijo sin servirse de Él.

En sus gestos de la última cena, Jesús une sabiamente la imagen del servicio y la del cuidado. El gesto de partir el pan es el gesto con el que el cabeza de familia expresa su dedicación a su mujer y a sus hijos en la cultura hebrea. Con su trabajo, procura el pan que sus seres queridos necesitan para crecer. Al gesto paterno, sin embargo, Jesús añade una expresión que sólo una madre sería capaz de pronunciar con toda verdad: "Este es mi cuerpo". El cuerpo materno es el único cuerpo del que nos nutrimos literalmente. Y sin este alimento no habría posibilidad de vida para nosotros. El lavatorio de los pies era el gesto de la madre y de la esposa, en las familias que no tenían sirvientes, como probablemente era el caso de la familia de Nazaret. Podemos imaginar cuántas veces y con qué ternura, sin cargar con el peso de ninguna humillación, María habría lavado los pies de Jesús. " Ustedes serán felices si, sabiendo estas cosas, las practican." (Juan 13,17).